

José Nun

MARGINALIDAD Y EXCLUSIÓN SOCIAL

2000

Introducción (Fragmentos)

En 1969, propuse el concepto de *masa marginal* en un artículo que escribí para la *Revista Latinoamericana de Sociología* y que generó abundantes controversias. Treinta años después, en 1999, rescaté y actualicé algunos aspectos de mis tesis de entonces en un trabajo que apareció en *Desarrollo Económico*. Al poco tiempo, este segundo texto fue traducido al inglés por *Latin American Perspectives* y al portugués por *Novos Estudos CEBRAP* y ha dado lugar a nuevos debates, especialmente en Brasil. A su modo, se reanuda de esta forma una discusión que, por motivos bastante diferentes, iniciara allí Fernando Henrique Cardoso a comienzos de los años setenta.

Sin embargo, quienes se acercan ahora a estas cuestiones suelen encontrarse con un problema: los materiales más antiguos (incluida mi polémica con Cardoso) no solo están agotados sino que se han vuelto de difícil acceso. De ahí nació la idea de reunirlos en este volumen, junto con el más reciente de los estudios mencionados.

En cuanto a estas páginas introductorias, su principal propósito es situar brevemente al lector en el clima teórico-ideológico en el cual surgió la noción de masa marginal y el debate en torno de este concepto, dado que la distancia que hoy nos separa de esa época resulta mucho más que cronológica. Pese a ello, buena parte del argumento no ha perdido actualidad y, por eso, deseo indicar también la cercanía que existe entre las problemáticas de la marginali-

dad y de la exclusión social, originada una en América Latina y la otra en Europa. Por último, me han parecido oportunas un par de reflexiones tendientes a corregir el sesgo economicista que suele ser propio del planteo de estas cuestiones.

* * *

Fue en este marco de confrontación de paradigmas que surgió en la literatura sociopolítica latinoamericana el tema de la *marginalidad*. Según sostuve entonces, apareció lleno de buenos sentimientos y de malas conceptualizaciones porque la marginalidad es uno de esos significantes que seduce con trampa. Tienta al uso por su sencillez aparente cuando, en rigor, su significado resulta siempre complejo pues remite a otro que le da sentido: sucede que solo se es *marginal* en relación con algo.²

Al comienzo, se llamó *marginales* a los asentamientos urbanos periféricos (villas miseria, callampas, favelas, rancheríos, etc.) que proliferaron sobre todo a partir de la segunda posguerra. Los referentes ecológicos del término eran bastante claros: designaba a viviendas situadas al borde de las ciudades y carentes de ciertos requisitos mínimos de habitabilidad. Implicaba así otros dos significados: el de un centro urbano en relación con el cual se caracterizaba lo periférico y respecto de cuyas condiciones habitacionales medias se juzgaban aquellas carencias.

Precisamente este último aspecto fue el que llevó a extender casi de inmediato el uso de la noción, al advertirse que albergues no periféricos (conventillos, cités, callejones, vecindades, etc.) padecían deficiencias iguales o peores que las de esos asentamientos. Por lo tanto, se relegó a un segundo plano la localización física de la vivienda y la marginalidad pasó a referirse a los rasgos negativos propios de esta última.

² Reproduzco en este apartado, con modificaciones, algunos pasajes de mi texto de presentación al número especial de la *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 2, 1969, pp. 174-177.

Definida de esta forma, era presentada ante todo como un problema técnico. Se convocaba a planificadores urbanos, arquitectos, economistas y asistentes sociales para que erradicasen un mal transitorio, producto de un desajuste circunstancial (aunque presumiblemente inevitable) en el proceso de desarrollo. Se elaboraron algunas tipologías de viviendas marginales, se anunciaron ambiciosos programas de construcciones y se estimuló un enfoque hiperempírico de la cuestión que, como constataba sin explicar, dio un gran impulso a las generalizaciones no controladas.

Marx decía que los ingleses confunden habitualmente las manifestaciones de un fenómeno con sus causas. Aquí ocurrió algo parecido y el fracaso recurrente de esos esfuerzos aumentó la inquietud de los sectores dominantes, que percibían cada vez más a las áreas marginales como un terreno propicio para las prédicas subversivas y revolucionarias. El problema técnico se convertía en un problema social y ahora interesaba mucho menos la vivienda que su ocupante. Había llegado el momento de los psicólogos sociales, de los politólogos y de los sociólogos, a quienes se fueron sumando numerosos antropólogos cuyos temas de investigación también migraron del campo a la ciudad.

Es claro que, perdido su anclaje inicial, el significante *marginalidad* empezó a oscilar entre varios significados posibles. Fue así que los afanes de una “ingeniería social” simplificadora dieron un salto inaceptablemente determinista y consideraron *marginal* a todo habitante de una vivienda *marginal*, a pesar de que si algo mostraban los estudios más serios de que se disponía era la altísima heterogeneidad del mundo de la pobreza urbana.

Este fue también el punto de partida de un enfoque que ganó una rápida circulación, inspirado por ciertos doctrinarios de orientación católica. Según ellos, la marginalidad manifestaba la desintegración interna de grupos sociales afectados por la desorganización familiar, la anomia, la ignorancia, etc. Se alegaba que esta era la principal razón que impedía a estos grupos intervenir en las decisiones colectivas y que tal falta de participación *activa* se volvía, a su vez, la causa de su bajísima participación *pasiva* o *receptora* en “los bienes constitutivos de la sociedad global” (véase, por ejemplo, DESAL 1966, p. 4.)

Así planteada la cuestión, los marginales dejaban de ser necesariamente urbanos pues fenómenos como esos ocurrían con igual o mayor intensidad en las zonas rurales. Por este camino, se terminaba considerando *marginal* al 80% de la población latinoamericana, lo que podía ser bueno a los fines catequísticos pero le quitaba toda especificidad a la categoría y dejaba flotando la pregunta de si, en ese caso, no le cabía mejor la denominación de marginal al 20% restante.

Conviene señalar que esta visión del problema cobró una especial importancia en el campo de la práctica política pues, en países como Chile o Venezuela, fue el sustento ideológico de las llamadas “campañas de promoción popular” que impulsaron los gobiernos demócratacristianos. Por otro lado, se adecuaba sin demasiadas dificultades a las interpretaciones funcionalistas de la modernización que, según los lugares, se hallaban todavía en boga.

Es que, como de costumbre, el significado del término *marginalidad* reenviaba al concepto implícito que le daba sentido. Y en este caso el esquema referencial resultaba evidente: se trataba del polo “urbano-moderno” de la sociedad, cuyo sistema de normas y de valores se continuaba juzgando portador de un proyecto de desarrollo capaz de absorber a los marginales, después de someterlos a una preparación adecuada. Con ello, los grupos excluidos de la participación dejaban de ser testimonio de una estructura explotadora para expresar, sobre todo, sus propias deficiencias psicológicas o culturales. Es verdad que solo un romanticismo ingenuo podía ignorar que la miseria propaga tales deficiencias; pero lo que estaba en cuestión era el orden causal que se pretendía establecer.³

El tema de la marginalidad se instalaba así en el territorio del mito para enunciar el mensaje de una incorporación posible a todas las ventajas del desarrollo en el marco de una armonía social tutelada por el privilegio. Revolucionarios de una sola revolución —la que separa lo tradicional de lo moderno— cumplía a los científicos sociales contribuir a allanar el camino, preservando las bases del orden

³ Para un tratamiento más reciente de este tema, véase W. J. Wilson (1996).

constituido. No es que al hacerlo dejasen de denunciar algunas de las carencias y de los sufrimientos que agobiaban a los marginales. En la retórica del mito burgués, enseña Barthes (1957), juega un papel clave la figura de la *vacuna*: se confiesa “el mal accidental de una institución de clase para ocultar mejor el mal principal”. De este modo, “se inmuniza a la imaginación colectiva con una pequeña inoculación del mal reconocido y así se la defiende contra el riesgo de una subversión generalizada” (Barthes, 1957).

Fue justamente con la intención de echar un poco de luz sobre ese “mal principal” y de darle otro uso al término marginalidad que intenté reformular la problemática en cuestión introduciendo la noción de *masa marginal*. Me situé para ello en el campo del materialismo histórico, apelando a una relectura de varios textos de Marx que me parecían y me siguen pareciendo importantes. Y me valí también de algunas contribuciones metodológicas de Althusser que me ayudaron a organizar la reflexión, por más —debo decirlo— que nunca participé de la “moda althusseriana”, tal como ya entonces advertía en una nota al pie.⁴ Dejo al lector la tarea de evaluar por sí mismo la medida en que mis trabajos de hace treinta años estuvieron fundados en algo más que la retórica revolucionaria característica de la época.

Corresponde que haga por lo menos una rápida mención del tipo más común de crítica que recibió en ese tiempo la noción de masa marginal.⁵

Según explico en detalle en el primero de los artículos que sigue, el concepto de *ejército industrial de reserva* fue utilizado por Marx para designar los efectos *funcionales* de la superpoblación relativa en la fase del capitalismo que él estudió. Propuse que se denominara, en cambio, *masa marginal* a la parte de la superpoblación relativa que, en otras situaciones, no producía *esos* efectos funcionales.

⁴ Me remito también a otros textos míos de aquel período, especialmente “Los paradigmas de la ciencia política”, en: *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 1, 1966.

⁵ Para una síntesis del debate que se generó véase, entre otros, Cristobal Kay (1989), pp. 88-124.

Pero eran años en los cuales un hiperfuncionalismo de izquierda dominaba buena parte del pensamiento social latinoamericano. Como alguna vez apuntó Wilbert Moore, los propios funcionalistas norteamericanos (entre quienes se contaba) nunca habían llegado tan lejos: afirmaban que muchas cosas eran funcionales para la reproducción del capitalismo, no que *todo* le era funcional. Es lo que hicieron, en cambio, los críticos de la noción de masa marginal, que se empeñaron en demostrar que hasta el último de los campesinos sin tierra o de los vendedores ambulantes de nuestras ciudades eran no únicamente funcionales sino decisivos para la acumulación capitalista. Por eso, con frecuencia, sus objeciones o fueron injustas o resultaron excesivas, sin perjuicio de que algunas de ellas hayan servido para iluminar efectivamente otros aspectos del problema.

En primer lugar, como comprobará el lector, en mi artículo inicial hago continuas alusiones a los modos diversos que han asumido en América Latina los procesos de desarrollo desigual, combinado y dependiente, satelizando en grados variables a formas pre o proto-capitalistas de producción. Pueden consultarse sobre el mismo punto otros trabajos de mis asociados y míos (por ejemplo, Murmis, 1969 y Nun, 1989). Es decir que tales contribuciones parciales a la acumulación capitalista *según los lugares* (provisión de alimentos baratos, circuitos de distribución en áreas carenciadas, trabajadores precarizados, etc.) estaban contempladas en mi argumento aunque no fuesen centrales para él —como, de paso, tampoco lo fueron para Marx cuando se ocupó de estas cuestiones—.

En segundo lugar, no era ni es plausible sostener que el conjunto de la superpoblación relativa resulte funcional en todas sus dimensiones (aun cuando pueda serlo en algunas) ni esto significa tampoco que las pautas funcionales que los observadores detectaban fuesen necesariamente las más convenientes o rentables para los sectores capitalistas hegemónicos.⁶ Parece casi obvio que allí donde opera tal funcionalidad

⁶ En esos días, una pregunta que mis críticos se negaban a contestar era por qué, por ejemplo, Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, se hallaba empeñado en difundir la píldora anticonceptiva en los países del Tercer Mundo, para frenar el creci-

en el mercado de bienes, por ejemplo, es porque este mercado no se ha vuelto todavía atractivo para esos sectores capitalistas. Y ello porque, como observa Godfrey, “tan pronto como los pequeños productores han desarrollado un mercado de algún interés, las firmas más grandes se apoderan de él, con la ayuda del estado si hace falta” (Godfrey, 1977).

La discusión perdió así de vista la diferencia crucial que separa los procesos de *conservación* y de *disolución* de las formas productivas y comerciales preexistentes en una economía determinada y el hecho no menos importante de que el curso, la complejidad y la intensidad de tales procesos se modifica de acuerdo con el contexto específico de que se trate. Para establecer la pretendida funcionalidad general de la superpoblación relativa, mis críticos se concentraron casi exclusivamente en situaciones marcadas por procesos de *conservación*, sin advertir que, en todo caso, el aporte que hacían esas situaciones al esquema central de acumulación era tan bajo que no alcanzaba los umbrales requeridos para que se desencadenasen los procesos de *disolución* propios de las expansiones capitalistas.

De todas maneras, debo resaltar nuevamente que el asunto nunca me fue ajeno (¿cómo podía serlo dado el campo de estudio elegido?) y es, por ejemplo, el tema de mis hipótesis acerca de los peculiares mecanismos de *integración del sistema* y de *integración social* que, en muchas regiones, han sido característicos del desarrollo capitalista dependiente. El desacuerdo radica en que allí donde mis críticos ponían el acento en la funcionalidad que derivaba de los procesos de *conservación*, yo pensaba que esta funcionalidad aparente encubría un fenómeno mucho más profundo: la necesidad de neutralizar los excedentes de población no funcionales que, si no, se corría el riesgo de que se volvieran disfuncionales dado que no eran incorporables a las formas productivas hegemónicas. Esta verdadera gestión política de esos excedentes fue uno de los temas que escapó al horizonte de la mayoría de mis críticos, al tiempo que era uno de los puntos de mira principales del concepto de masa marginal.

miento de la población. Algo sugería que los excedentes no eran tan funcionales como se pensaba.

Todo esto resultaba congruente con mi doble conjetura de fondo. Por un lado, creía que, a impulsos del capital monopolista transnacional, empezaban a ampliarse y a cobrar una gran intensidad los procesos que aquí he llamado de *disolución*. Por el otro, consideraba que estos procesos tendían a ser protagonizados por agentes económicos que generaban cada vez menos puestos de trabajo de buena calidad. *A pesar de previsibles variaciones espaciales y temporales, parece legítimo afirmar que esta doble conjetura ha demostrado poseer un alto nivel de validez, que las políticas económicas neoliberales de las últimas décadas no han hecho más que acrecentar.*

Esto dicho, agrego una apostilla que algunas discusiones me revelaron que es menos obvia de lo que supuse. Introducir y fundamentar un concepto como el de masa marginal no equivale a sostener que resulta aplicable siempre y en todas partes. No solo mis colaboradores y yo distinguimos desde el comienzo entre diversos tipos de marginalidad sino que la prevalencia (o no) de los efectos “ejército industrial de reserva” o “masa marginal” en situaciones particulares es una cuestión empírica, para cuyo tratamiento —y este es el asunto— se necesita contar con los instrumentos teóricos adecuados.